

los juegos, en los paseos, en los teatros; alegrarse entre gente de buen humor, en espléndidos festines y en agradables pasatiempos; gozar porque se posee un espléndido tren, gloriosos títulos y honores ilustres; es gozarse en los sentidos y en la parte animal. Pero, divertirse con piadosos consejos, alegrarse en las santas inspiraciones, regocijarse de los buenos pensamientos, de los buenos afectos y de las buenas obras, es gozarse en la parte noble, en la parte superior.

Regocijarse en Dios.—El gozo nacido de las lisonjas y de las seducciones mundanas es inútil, falaz y peligroso; inútil, pues no tiene más que las apariencias del gozo; falaz, puesto que carece de medios para penetrar en los arcanos del corazón; y peligroso, por lo mismo que no sabe preservarnos de las caídas. El gozo que procede de Dios convierte el llanto en risa, el dolor en alegría; mira al mundo como una cárcel, y al Cielo como su casa; no se detiene en las presentes cosas variables de suyo, sino que aspira á las venideras, que serán eternas.

Por consiguiente, para regocijarnos en provecho nuestro, para alegrarnos de suerte que esté satisfecho el corazón, y para recrearnos en lo que nunca podrá engañarnos, es preciso regocijarse en Aquel de quien desciende toda felicidad, toda prosperidad, toda cosa alegre; es preciso regocijarse en Dios.

Así, pues, para imitar á María alegrémonos, hermanos carísimos, en Dios, que lo sabe todo, que todo lo ve, todo lo tiene presente, y cuenta nuestras lágrimas, numera nuestros afanes, no olvida nuestras aflicciones, para darnos en la otra vida una compensación de honor y de gloria proporcionada á las amarguras sufridas en este valle de lágrimas. Alegrémonos en Jesucristo, que nos redimió de la esclavitud del pecado, libró de la tiranía del demonio, y nos constituyó de víctimas del Infierno en herederos del Paraíso; y que, sincero, constante y generoso, no nos abandonará, ni aún en aquellos momentos en que nos veremos abandonados de todos. Regocijémonos en el testimonio de la buena conciencia, puesto que la conciencia recta es como un banquete continuo (1); es un placer superior á otro cualquiera (2); es como una gracia, con la cual el justo no teme, ni pierde la paz y tranquilidad de corazón, cualesquiera que sean las vicisitudes por que pase (3). Regocijémonos así, puesto que buscando y amando el gozo verdadero, imitemos á María.

(1) Prov. XV, 15.

(2) Eccl. XXX, 16.

(3) Prov. XXVIII, 1.

DISCURSO XXIII.

VIDA OSCURA.

Quia respexit humilitatem ancillae suae, beatam me dicent omnes generationes.

Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, me llamarán bienaventurada todas las generaciones. (Luc. I, 48).

En los antiguos tiempos todo anunciaba las glorias de María. Las anunciaban las promesas hechas á los Patriarcas, las maravillosas figuras del pueblo Hebreo, los vaticinios de los Profetas, y cuanto servía de preparación para la venida de Jesucristo. Hablaba de Ella la aurora mensajera del Sol de justicia, el lirio nacido entre espinas, la florida vara de Jesé, de la cual había de nacer como una flor el deseado Mesías. A Ella se refería el Arca de la alianza, que llevaba en su seno la esperanza y la salvación del mundo; el Zarzal ardiente, que se abrasaba de un fuego divino sin consumirse; la Torre de David, de la cual colgaban innumerables escudos; el vellon de Gedeon, sobre el cual caía el celestial rocío, mientras que todas las demás cosas se secaban por los ardores del verano. Era bella como la luna, radiante como el sol, terrible como ejército en batalla, pura como paloma de blancas plumas, cerrada como huerto abierto tan solo para el Esposo de los Cantares. Las ilustres heroínas, cuyos nombres registran los sagrados libros, tuvieron algo que representaba á la Virgen Nazarena. Eva, en el estado de inocencia, esposa y virgen; Sara, cuya esterilidad se hizo fecunda con un milagro; Rebeca, que con la bendición de Isaac antepuso Jacob á Esaú; la hermosa Raquel, la prudente Débora, la magnánima Esther, y la fatídica Ana; aparecieron como imágenes de María.

Sin embargo, al venir al mundo María, no brilló ninguna de estas glorias. Hija de padres humildes, crecida en una casa pobre, y des-

posada con un pobre carpintero, parecía una mujer cualquiera, ó más bien, la última de las mujeres. Ella misma quiso mantenerse alejada de los aplausos de las gentes; y cuando en un divino arrobamiento vió que le pasaban los siglos por delante saludándola Reina del Universo, de sus mismas proclamadas magnificencias atribuyó todo el mérito á Dios, que se había dignado fijar los ojos en la bajeza de su esclava. Este amor á la vida oscura, este deseo de ocultarse, esta virtud que cubre con túpido velo las demás virtudes, y que fué tan singular en la Virgen, merece ser atentamente considerada, confiando que resultará en honor suyo y en provecho vuestro. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

Evitar los aplausos, gozarse en una vida humilde, olvidar el propio mérito, atenuar la propia estimacion, disgustarse de los honores, y vivir como la violeta que se oculta bajo la yerba para no ser descubierta, y para no exponerse al peligro de ser profanada por la fragancia suavísima que despide; hé aquí en que consiste el amor de la vida oscura. El hombre debe amar esta virtud, que es una consecuencia necesaria de sus miserias; ella es sumamente agradable á Dios. Explicadas estas dos proposiciones, se verá, que el amor á la vida oscura debe sernos sumamente agradable.

El amor á la vida oscura es en el hombre una consecuencia necesaria de sus miserias. Se ha dicho, que nada hay más provechoso para el hombre que un claro conocimiento de sí mismo. Y en efecto; el claro conocimiento de sí mismo salva al hombre del pernicioso engaño en que le mantienen los sentidos, pues le dá á conocer su propia bajeza. Entónces ve que su cuerpo, aunque formado con las propias manos de Dios, es frágil arcilla, polvo y barro; ve que su alma, aunque salida de un soplo de Dios, miéntras está unida al cuerpo, se encuentra cual prisionera encerrada en una cárcel entre las pasiones que la dominan y los vicios que la afean. Dado este conocimiento; ¿dónde alimentaría aquel apetito desordenado de la propia excelencia, que le embriaga de una excesiva opinion de sí mismo?

El amor á una vida oscura es grato á los ojos de Dios. El divino Maestro, para enseñarnos cuanto es de su agrado la vida oscura, dice: Aprended de mí, no á fabricar los cielos y adornarlos de estrellas, no á llamar del Oriente á la aurora y vestirla de luz, ni á cubrir de varios colores la tierra y garantirla de las inconstantes olas del mar; sinó á ser humildes, á buscar la gloria, no en el fausto, en la

opulencia, en la pompa de las grandezas terrenas, ni en los aplausos de los mundanos honores, sinó en aquellas acciones que, ocultas á los ojos de los hombres, son conocidas del Cielo, justísimo apreciador de los méritos adquiridos (1).

No cabe duda, pues, que el amor á la vida oscura es en el hombre una consecuencia necesaria de sus miserias y una virtud muy acepta á Dios; y, por lo mismo, nosotros debemos aspirar á ella. ¿Cómo no quererla entrañablemente, si donde quiera se fije la mirada, no hallamos nada que valga verdaderamente la pena de subirnos al pedestal, y darnos á gustar los tributados inciensos? ¿Cómo no amarla, si nos hace amigos de Dios, y nos pone en condicion de merecer sus gracias, y de experimentar sus beneficios? ¡Ah! ya que ninguna gloria puede sacarse de la ahumada memoria de los antepasados, no pudiendo llamarse nuestro lo que existía ántes que nosotros; de los ilustres méritos de nuestros mayores, no traspasando á los descendientes los fastos de los bisabuelos; ni de los conocimientos adquiridos, puesto que por mucho que se supiere, comparado con lo que faltaría saber, resultarían insignificantes; ni del poder, puesto que el más grande poder solo tiene de real una incómoda representacion; ni de los cofres rebosando de oro, porque el dinero no es de ningun provecho si no se usa, y si se usa, con el mismo uso se consume; y puesto que Dios se complace en aquellos que, amando la propia fama, no son solícitos de cuidarla estudiosamente, no se complacen ni se envanecen de ella, y, sin despreciar á nadie, se desprecian á sí mismos; no hay duda que una vida conducida con tales reglas, debe sernos muy cara.

Tal fué precisamente la vida de María. Ella se nos presenta en el Evangelio rodeada y como envuelta en una profunda oscuridad. Cierta que resplandece en los misterios de la Anunciacion, de la Visitacion, del Nacimiento y de la Purificacion; pero, este mismo esplendor no tarda en desaparecer enteramente. Jesús su Hijo la trata como á inferior, no solo á los apóstoles, sinó como á las mismas mujeres de que se habla en las páginas evangélicas. Dice del Bautista, que es el mayor de los profetas; llama bienaventurado á Pedro, sobre el cual edificará su Iglesia; celebra la fé del Centurion, encomia á la Cananea, alaba á la hermana de Marta, levanta á Magdalena pecadora, conversa con la Samaritana, defiende á la Adúltera,

(1) MATTH. XI, 29.

adivina el óbolo de la Vida, y se compadece de la madre que llora en Naim por su difunto hijo. Miétras que todos cuantos se le acercan participan de su benevolencia, disfrutan de las dulzuras de su bondad, y reciben parte de sus gracias, una sola persona parece excluida de estas gloriosas comunicaciones, y esta persona es María.

El Hijo de Dios se hizo hombre únicamente para la salvacion de los hombres. Yo, dice, he venido para conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas (1); he venido para salvar lo que se había perdido (2); los pecadores son, y no los justos, á quienes he venido yo á llamar (3). Por eso tomó un nombre que significa Salvador, se figuró en el Padre que acoge con júbilo al Hijo pródigo, se representó en el Pastor que, dejadas las noventa y nueve ovejas, corre detrás de la centésima que se ha extraviado; por eso, cuando se trata de proponer á alguien como cabeza de su entero rebaño, escoge á Pedro, que le ha sido infiel; cuando se trata de escribir el Evangelio, escoge á Mateo, que había sido publicano; cuando del ministerio de la predicacion escoge á Pablo, que había sido su perseguidor; y queriendo admitir alguno en el Cielo, hace de un malhechor el primero de los predestinados. Siendo así; ¿cómo podía ménos de dejar á su Madre en la oscuridad? Si hubiese sido pecadora como los demás, si como los demás hubiese estado enferma, esclava y prisionera, Él, que como Salvador venía á salvar á los perdidos, Él, que como Médico venía á sanar á los enfermos, y como Redentor á redimir á los cautivos, la hubiera mirado con otra atencion. Pero María no estaba perdida ni enferma, ni era cautiva como los demás hombres, y, por lo tanto, no debía ser mirada como los demás hombres, sinó más bien debía ser puesta en olvido, ya que el olvido se trueca para Ella en gloria.

María amaba vivir en la oscuridad. Figurada en los Libros sagrados como huerto cercado de espesas espinas, ó como un arroyo situado entre los senos del monte, y escondido en los rincones del valle, tuvo siempre la soledad como bella salvaguardia de la inocencia, y el retiro como sólida defensa de la santidad de las costumbres. Reconociendo á Dios como á su delicia y á su bien, solo anhelaba gozar de sus inefables comunicaciones; desposada con José, á quien consideraba como un sostén y custodio, solo deseaba cumplir los

(1) MATTH. XV, 24.

(2) MATTH. XVIII, 11.

(3) MATTH. IX, 13.

propios deberes con toda solícita diligencia. Lirio purísimo, nunca hizo ostentacion de sus eminentes dotes; violeta ruborosa, nunca pasó el tiempo en inútiles conversaciones, ni en peligrosas reuniones, ni en vanas concurrencias. Por muy segura que pudiera estar de sí misma, y confiar en la constancia de sus propósitos, en la nobleza de sus afectos, y en la invencible firmeza de sus virtudes, amaba vivir en el silencio de su humilde celda, sin ningun aparato exterior, sin ningun indicio que manifestase su grandeza.

Como madre no contenta de seguir envolviendo en humide oscuridad las propias glorias, procura, además, no ostentarse grande en las glorias del Hijo. Por esto, María, Madre de un Hijo que tiene por vestido la luz, está sentado sobre Querubines, vuela en alas de los vientos, y á cuya presencia dobla toda rodilla el Cielo, la tierra y el Infierno, nada saca en provecho suyo de las glorias de su Hijo, á lo ménos á los ojos de los hombres. Elevada del polvo sobre todas las virtudes de las altas esferas, ensalzada sobre todos los hombres, y exaltada sobre todas las mujeres, vive y desea vivir en la oscuridad. Cuando Jesús en la cumbre del Tábor con el portento de la Transfiguracion, descubriendo un rayo de la magestad divina, oculta bajo el velo de la naturaleza humana, irradia de tanta belleza, que Pedro, no cabiendo en sí de gozo por la hermosura del paisaje que contempla, no quisiera moverse de aquel monte y de aquella magnífica vision, no se ve á María. Cuando Jesús se pasea sobre las olas, manda á los vientos, calma las tempestades, detiene el curso de los elementos, deroga las leyes de las enfermedades, y se hace obedecer hasta de la misma muerte, de tal modo, que los circunstantes no comprenden como tiene un poder tan ilimitado, María no está á su lado. Cuando Jesús enseña la celestial y jamás oida doctrina, de suerte, que toda la ciudad se conmueve, sus moradores abandonan las casas y cierran las tiendas para correr á orillas del mar, ó alrededor del monte donde suele predicar, María no está presente en aquel concurso, que miraba ansioso y prestaba atento oído en aquellos arrobamientos; en aquellos éxtasis, ni en aquella admiracion, que, glorificando al Hijo, hubiera glorificado tambien á la Madre. Si se la quiere ver, hermanos míos, es preciso volver los ojos á los tiempos, en que se amontonan las nubes, crecen las sombras, se multiplican las tinieblas, y se hace más pavorosa la oscuridad, ó sea, cuando Jesús nace pobre en un pesebre, huye perseguido á Egipto, y muere como un malhechor en la cumbre del Calvario.

La escena, empero, varía. La luz sucede á las tinieblas, el esplen-

dor á la oscuridad. Fijos los ojos en el porvenir, María descubre que todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Los Concilios Ecuménicos, los Padres de la Iglesia, los Doctores Eclesiásticos, los Pontífices, los Obispos del Orbe católico, y todos los pueblos que recibirán la fé, jamás cesarán de celebrar sus alabanzas. Príncipes y vasallos, sacerdotes y seglares, ricos y pobres, niños y ancianos, los hombres del saber y de la poesía, de la elocuencia y de las artes, se convertirán en panegiristas de sus grandezas y en adoradores de sus glorias. En toda ciudad habrá un templo dedicado á su nombre; en todo templo un altar consagrado á su culto; en todos los rincones más ocultos, en las cúspides de los montes más inaccesibles, en los valles más profundos, en las orillas de los lagos y de los ríos, y en lo más recóndito de los bosques, una capillita decorada con su imagen. Y esto no en una que otra parte, sinó en todas, en Italia y España, en Polonia y Rusia, en Alemania y Francia, en Bohemia y Hungría, en Baviera y Austria, en Inglaterra é Irlanda, en Bélgica y Grecia, en Asia, en Africa, en Oceania, en todos los siglos de la Iglesia, en todas las naciones del mundo, entre los Griegos y los Latinos, entre los Etopes y los Armenios, y entre las naciones más apartadas por inclinaciones y costumbres.

¿Qué hace María en medio de tal previsto concierto de aclamaciones? No sale de la oscuridad de su vida, se reconcentra en sí misma para indagar lo que podría ser más despreciable, y encontrando que lo más despreciable sería el ser llamada á servir, á esto se atiene no viendo en Ella otro mérito que el de su bajeza: *Quia respexit humilitatem ancillae suae; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Con cuyas palabras dá á entender, que la razon de sus alabanzas se debe toda á Dios, ya que se dignó fijar los ojos en la bajeza de su esclava. No veo en mí más que miserias y pobreza; pero Él es inmensamente misericordioso, y solo por esto ha querido que fuese elevada su sierva á extraordinaria altura, haciendo que todas las generaciones la proclamen bienaventurada. Aquí nuestros pensamientos se confunden, y nuestra mente se pierde en la consideracion de este amor inexplicable por la oscuridad. ¡Qué! María sabe que todos los hombres celebrarán su nombre en todos los siglos, y se oculta hasta llamarse esclava. María conoce que será amada de suerte, que ni el egoismo, la discordia, la corrupcion, ni la barbarie podrán arrancarle el dominio de los corazones, y se esconde hasta manifestarse en la más abyecta divisa. María ve que todos los pueblos salvajes le rendirán culto, que en todos los idiomas de que se sirven los

hombres su nombre será venerado, que será reconocida Reina en todos los países, aún en los más bárbaros, y se humilla como la última de las esclavas.

No obstante, esta misma oscuridad de que se rodea María, redundará en gloria suya. Existe una gloria más grande que la misma gloria, y consiste en saberse anonadar entre los aplausos y los homenajes. Hay una grandeza superior á toda grandeza, la grandeza de ocultarse por deseo de vivir en la oscuridad de cualquiera grandeza. Hé aquí cual fué la verdadera sublimidad de María. Ella quiere ser tanto más ignorada, cuanto más está colocada en la mayor eminencia; tanto más se envuelve en la oscuridad, cuanto más será ensalzada en todas partes con unánimes elogios. Cuando confiesa que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, confiesa, igualmente, que esta glorificacion no le corresponde por su mérito, sinó solo porque Dios, complaciéndose en Ella, ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava.

¿Cuánta diferencia no existe entre la conducta de María y la nuestra? María, soberana de todas las criaturas, pasa la vida oculta á las miradas del mundo, y nosotros corremos en pód de las diversiones y los espectáculos del siglo. María es tan amante de la soledad, que vive una vida ignorada y solitaria, y nosotros creemos que es un enojo el suave yugo de la familia, y una melancolía la dulce paz del propio hogar. María, como el águila anida en las quebradas peñas, en lugares inaccesibles, vive solitaria entre las paredes domésticas, y nosotros consideramos perdido todo el tiempo que nos es preciso pasar en el hogar doméstico.

No obstante, el retiro convendría para nuestra vocacion é interés. Convendría para nuestra vocacion, puesto que el mundo es para nosotros un lugar de destierro, y no conviene para abandonarnos á los pasajeros deleites de hoy, olvidarnos de la pátria y de la eterna felicidad. Convendría para nuestro interés, puesto que el mundo es para nosotros un lugar infestado, y no conviene mostrarnos ociosos é indiferentes en medio del contagio, si queremos conservar robusta la salud. Y miéntras que oímos resonar continuamente en los oídos el lamentable grito de que en el mundo todo es vanidad y afliccion de espíritu, miéntras que vemos sin cesar la ruina de tantos que, entregados á las locuras del mundo, pierden lo que es en bien del alma y del cuerpo; ¿querremos nosotros vivir en medio de los placeres y de las pompas de este mundo?

No fueron estas las promesas que hicimos el día que fuimos rege-

nerados con las saludables aguas del Bautismo. Entonces, para ingresar en la Iglesia, para ser inscritos en la filiación de Dios y hechos participantes de la heredad del Paraíso, pronunciamos una absoluta renuncia del mundo, de sus pompas, de sus vanidades y seducciones. Así pues, olvidarse de esta promesa, quebrantar este pacto, y violar esta obligación, es lo mismo que declararse indignos del nombre de cristianos, que perder el título de la adopción divina, y hacerse incapaces de la beatitud celestial.

Resolvamos, pues, atraídos por el generoso ejemplo de María, amar la oscuridad. Llamados á excelsos destinos, hagamos todo lo posible para no mancharnos con el barro de las bajezas mundanas; y destinados á gozar de los bienes eternos, empleemos toda santa industria para no envilecernos con las fealdades terrenas. Si mantenemos algún lazo pernicioso, ó simplemente inútil, cortémoslo con prontitud, sin aguardar á que venga á cortarlo la muerte en la hora postrera; si vemos que otros, como débiles barquillas, zozobran en medio del mundo azotados por las olas de las pasiones, pongámonos á salvo en tiempo oportuno, sin exponernos á perecer entre las inminentes ruinas; si nos alaban á nuestra presencia, más bien que complacernos en ello por vanidad, acudamos para reprimir el menor sentimiento de orgullo á la consideración de la propia nada. Imitemos á María, para ser con María eternamente dichosos.

DISCURSO XXIV.

RELIGION.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo. (Luc. I, 49).

Dios es omnipotente, y todo el Universo es una solemne manifestación de su omnipotencia; Dios es santo, y el himno que se entona incesantemente en el Cielo llama tres veces santo al Señor Dios de los ejércitos. Hablando de la omnipotencia, el real Profeta, arrobado en éxtasis de admiración, exclamaba: Los Cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (1); hablando de la santidad, añadía: Tú no puedes sufrir que more junto á Ti el maligno, ni que los injustos permanezcan en tu presencia (2), siendo necesario para morar en tu tabernáculo hallarse libre de toda mancha (3). Infiérese de ahí, que Dios es el Criador, el monarca, el dueño absoluto de todas las cosas; el Sér por excelencia y el más perfecto de todos los séres; y, por consiguiente, si el siervo está obligado á respetar y honrar al señor, el súbdito al príncipe, y el hijo al padre, es evidente que el hombre debe respetar y honrar á Dios. De donde dimana el sentimiento religioso; y es la virtud de la Religión la que nos lleva á tributar á Dios el culto debido.

Esta virtud, que forma una parte esencial de la justicia, y ocupa el primer lugar entre las morales, amada de todos los santos, necesaria para todos los cristianos, é indispensable para todas las criaturas racionales, fué admirable en María; como lo demostró durante todos los días de su vida, y en particular el día en que, entonado el

(1) PSL. XVIII, 2.

(2) PSL. V, 6.

(3) PSL. XIV I, 2.